Constantinopla, no queremos, sin embargo, en cuanto fuere posible, enredarnos en una guerra con los turcos» (1).

Las noticias acerca del auxilio enviado por el Papa Nicolao V, son por desgracia muy deficientes, y en parte contradictorias. El Diario del escribano del Senado, Infessura, fuente á la verdad muy sospechosa, refiere que los embajadores enviados por el Emperador á pedir socorro, fueron retenidos en Roma y no pudieron obtener una respuesta decisiva. El arzobispo San Antonino de Florencia, narra en su crónica, que el Papa negó directamente á los enviados griegos la prestación de un subsidio pecuniario. Pero como, no obstante, consta con certidumbre por una inscripción, el hecho de haber Nicolao V, todavía en 1452, enviado dinero para fortificar las murallas de Galata, no es posible que aquellos datos sean exactos (2); á lo cual se agrega el testimonio que dió el Papa mismo á las puertas de la eternidad.

Después de recibida la noticia del bloqueo de Constantinopla, (declaró Nicolao V á los cardenales que rodeaban su lecho de muerte), se había resuelto desde luego acudir según sus fuerzas en socorro de los griegos; pero tenía clara conciencia de no hallarse en estado de oponer él solo, con sus propios recursos, un

(1) Expresamente se encarga después de nuevo á Loredano, que no haga ningún acto de hostilidad contra los navíos turcos, á no ser en caso de ataque de parte de ellos. El pasaje principal de la *Instrucción para «Jacobo Lauredano ituro capitaneo generali maris», fechada á 7 de Mayo de 1453, que he citado en el texto, es del tenor siguiente: *«In via autem tua usque Constantinopolim volumus, quod nullo modo offendas neque damnum aliquod vel novitatem inferas locis, gentibus et navigiis Turchorum per observationem pacis quam cum Teucro habemus (Mahomet II había renovado, el 10 de Sept. de 1451, los tratados de sus predecesores con Venecia á petición del embajador veneciano; v. Romanin IV, 245; Sanudo 1154-1156), quia licet hanc classem pro honore Dei et conservatione civitatis Constantinopol. paraverimus, attamen si possibile fuerit ad aliquam novitatem vel guerram cum Teucro devenire nollemus.» Secreta Senatus XIX, 194. *Archivo público de Venecia*. El 8 de Mayo, Venecia ordenó á Bartolomé Marcello, que en cuanto fuese posible, se mantuviese en buena inteligencia con Mahomet II y negociase ¡una paz duradera! Hopf, Griechenland 115.

(2) Esta inscripción se halla en Guglielmotti II, 180. El pasaje de Infessura está en la edición de Muratori p. 1136, y en Tommasini p. 58. La indicación de S. Antonino en el Chronicon l. 22, c. 13, § 14. En Febrero de 1452, se hallaba en Venecia una embajada de los Griegos, que había venido á pedir auxilio, y después se proponía ir á Florencia y Roma; v. Vast 196. Una nueva embajada griega llegó á Venecia á mitad de Noviembre (Vast l. c.) y á Bolonia el 28 del mismo mes, para proseguir desde allí su viaje á Roma, con el fin de implorar auxilio. Sobre esta embajada cf. Romanin, IV, 247 y Barbaro, Giornale dell'Assedio, App. n. 5.

auxilio en alguna manera suficiente para contrarrestar las enormes fuerzas bélicas de los turcos. Por esto había dicho clara y terminantemente á los embajadores griegos que, si bien estaba á disposición del Emperador todo cuanto él tenía en dinero, buques y tropas, debía cuanto antes, á causa de la insuficiencia de este socorro, demandar también el auxilio de los demás príncipes; que declaraba con todo eso, que aquello de que él podía disponer para ayudarle, estaba á su disposición como cierta base de lo demás. Con esta respuesta se habían marchado los embajadores muy contentos; mas á pesar de todos sus esfuerzos, habían tenido que volverse á Roma sin conseguir cosa alguna de varios príncipes, y entonces les había prestado él (el Papa) su auxilio tal cual era (1).

Conforme á esto, mandó Nicolao V á 28 de Abril, al arzobispo de Ragusa, Jacobo Veniero de Recanati, que acompañara como legado á Constantinopla, las 10 galeras pontificias y un cierto número de buques que aprontaron Nápoles, Génova y Venecia (2). Esta flota unida de los latinos, en la cual se habían puesto grandes y alegres esperanzas (3), no llegó con efecto á tomar parte en las operaciones militares; pues ya á 29 de Mayo se decidió junto al Bósforo la suerte de la capital del Imperio.

El sultán Mohammed había salido de Adrianópolis á 23 de Marzo de 1453, y llegado á 6 de Abril hasta una milla de Cons-

(1) Manetti 953. Kayser 223. Este último historiador hace también notar con razón, que la nueva del sitio de Constantinopla debió ser, en resolución, tan inesperada para el Papa como para los mismos griegos; tanto más cuanto en Occidente no se había querido dar ningún crédito á la grandeza del peligro; v. Aen. Sylvius, Epist. CLXII. En el *«Tractatus seu exhortatio ad seren. dom. Fridericum imperat. domini Ioannis de Castilione episc. Papien. et apost. legati ad defens. fidei contra Turcos», se dice que si el Papa hubiese conocido la situación apurada de Constantinopla «clare et in tempore, quo subsidium parari potuisset», hubiera sin duda prestado auxilio por todos los medios imaginables. Cod. lat. 4143, f. 102 de la *Biblioteca palatina de Munich*.

(2) V. Niccola della Tuccia 227. Guglielmotti II, 170-171. Kayser 223 ss. Aquí y en Zinkeisen (I, 825) está indicada equivocadamente la fecha del decreto del nombramiento reimpreso entero en Theiner (Mon. Slav. I. 409-410). Las expensas para J. Veniero se hallan en Jorga 30 ss. Según En. Silvio, (Epist. 155) los navíos pontificios y genoveses fueron algún tiempo después alcanzados y apresados por los Turcos.

(3) Cf. la carta de Barbaro de 5 de Abril de 1453, que se halla en Quirini, Barbari epist. 272. Barbaro había ya antes aconsejado repetidas veces se favoreciera á los griegos (v. Quirini 251. 253 s. 257. 258, y Sabbadini, Centotrenta lettere 55 s.) lo mismo que el rey de Hungría (v. Jorga 512).

tantinopla. Su ejército contaba, según el cálculo inferior, y acaso por esto el más fidedigno, 160,000 hombres. El emperador griego había logrado oponer á este poderoso ejército inflamado de fanatismo y codicia del botín, en conjunto 4,973 griegos y unos 2,000 extranjeros, genoveses, venecianos, cretenses, romanos y españoles (1).

Pronto comenzó el sitio, cuyas particularidades nos han sido transmitidas por una serie de testigos oculares (2). Fuera de las 14 baterías que se situaron á lo largo de los muros de la ciudad, había el sultán destinado 12 grandes piezas contra los puntos principales, y las balas de piedra que éstas arrojaban, eran del peso de 200 hasta 500 libras. Un cañón gigantesco, fundido por un húngaro, y á lo que se cree, el mayor de que habla la Historia, disparaba balas de piedra del peso de 800 á 1,200 libras (3).

Es claro que, á un tan furioso ataque, había de sucumbir con el tiempo aquella ciudad débilmente guarnecida; y si, á pesar de esto, la catástrofe se difirió mucho tiempo todavía, debióse, además de la situación de Constantinopla, que hacía difícil cualquier

(1) Mordtmann 30 s. 41. Hertzberg, Griechenland II, 538. Vast (Bessarion 199) señala fuerzas mucho más considerables en ambos ejércitos, pero equivocadamente. Gelzer, en Krumbacher 1066, aprecia en 9,000 hombres el número de los defensores.

(2) Cf. Vast. Bessarion 189 sq., y la excelente monografía de Mordtmann, en la cual no se han tenido con todo á la vista, ni con mucho, todas las fuentes contemporáneas. V. las importantes noticias de Hopf en Ersch-Gruber, Sektion 1, LXXXVI, 116. De las narraciones recientes, además de Zinkeisen (I, 832 ss.) y Finlay (History of the Byzantine and Greek empires II, 620 ss.) hay que mencionar especialmente: Guglielmotti II; 174 s.; Voigt en Sybels Zeitschrift III, 76 ss.; Stasjulevic, Die Belagerung und Einnahme von Konstantinopel (Petersburg 1854; en ruso) Krause, Die Eroberung von Konstantinopel im 13. und 15. Jahrhundert (1870) 127 ss.; Heyd II, 303 ss.; Vast, Bessarion 197 ss.; un artículo del mismo autor publicado en la Revue hist. (1880) XIII, 1-40; L. Fincati en Arch. Veneto XXXII, 1, 1-36; Vlasto, Les derniers jours de Const. (Paris 1883); Paspates, A. G., Πολιορκία καὶ ἅλωσις τῆς Κωνσταντινουπόλεως ὑπὸ τῶν Οθωμανῶν ἐν ἔτει 1453 (Athen 1890). Cf. byzantinische Zeitschrift (1893) II, 331 s.; Chedomil Mijatovitch, Constantine, the last emperor of the Greeks. The conquest of Const. (London 1892). V. también Krumbacher 311 y 1077. En las Basler Chroniken (IV, 310) está impresa una relación latina de un anconitano sobre la conquista de Constantinopla, la cual hasta el presente no conocemos por ningún otro manuscrito. Jorga 514 ss, 520 ss. ha publicado recientemente otras relaciones hasta ahora desconocidas.

(3) Mordtmann 36, 50. Cf. la relación contemporánea sobre la conquista de Constantinopla en el Archiv. für siebenbürgische Landeskunde, N. F. II, 159, y Arch. Veneto l. c. 12.

ataque de los enemigos (1), y el valor personal del Emperador y de algunos otros griegos, principalmente á las aguerridas tripulaciones de los buques italianos, á los venecianos, catalanes y otros colonos extranjeros, y á los genoveses que vinieron secretamente de Pera: en una palabra, á las *tropas extranjeras*. Ellas eran las que volvían á cerrar, sin reposo, las brechas abiertas por los tiros enemigos, y rechazaron con brillante arrojo varios asaltos de los turcos. Además de esto, bajo la dirección de un alemán, se pusieron tan hábilmente las contraminas, que los turcos acabaron por desistir enteramente de este modo de guerra subterránea. Un bastión sumamente peligroso, erigido por los otomanos, fué aniquilado en una sola noche por aquellos valientes. «Nunca hubiera creído—exclamó el Sultán—que los griegos pudieran realizar tan grandes cosas, aunque me lo hubieran asegurado todos los profetas.»

La gran mayoría de los griegos desempeñaba durante el sitio un papel enteramente lastimoso. En vez de tomar parte en los combates, se consolaban aquellos infelices con las necias profecías de sus monjes, y se empleaban en rezar y llorar en las iglesias, pidiendo su salvación á la Panhagia; sin reflexionar, que Dios no socorre á aquellos que no se esfuerzan lealmente y al mismo tiempo levantan á El sus ojos confiados con corazón humilde. Con razón dice un historiador: «Confesaban en alta voz sus pecados, pero ninguno confesaba su cobardía; que es un delito para el cual no hay perdón en un pueblo que ha perdido todo patriotismo» (2). Sólo el Emperador se distinguió por un esforzado arrojo; pero ni su ánimo heroico, ni su abnegación, fueron capaces de despertar al pueblo y espolearle á una lucha varonil. Algunos llegaban en su desatinado odio á Roma, hasta casi desear la victoria de los turcos, y por esto se apartaban de intento de la lucha; porque con la ruina del Imperio griego independiente, faltaría en lo futuro la base á toda tentativa de unión (3).

(1) Cf. sobre esto v. Moltke, Briefe über Zustände und Begebenheiten in der Türkei. 2. Aufl. V. 55.

(2) J. B. Weiss III², 1490. Cf. Vast. Bessarion 202. «Nadie quería cumplir con su deber, dice Critóbulo. Nos abandonó la Providencia, porque nosotros voluntariamente nos alejamos de ella.» El mismo escritor narra muchos ejemplos del apocado egoísmo de los griegos.

(3) Voigt en la Histor. Zeitschr. III. 32. De los traidores de la ciudad habla también la relación arriba mencionada p. 274. not. 3.

No era menor que la cobardía de los griegos, su avaricia que los detuvo para que no tomaran tan gran número de tropas asalariadas, cuanto hubiera sido necesario para defender los extensos muros. Una avaricia imbécil había dado la ocasión próxima al terrible cerco, y la avaricia era de nuevo la que venía á rematar la catástrofe (1). El corto número de defensores acabó finalmente por no hallarse en condición de defender la larga cadena de fortificaciones, en parte derribadas por los tiros; y á 29 de Mayo (2), sucumbió la ciudad de Constantino el Grande á un nuevo y desesperado ataque de los jenízaros. El Emperador Constantino, que dirigía la defensa en la puerta de San Romano, acabó con la muerte de los héroes (3). Sólo unos pocos lograron huir; entre ellos el cardenal Isidoro, que había tomado parte fervorosamente en la defensa, y para esto había vendido toda su hacienda (4). La mayoría de los griegos que escaparon á la matanza, fueron enviados al cautiverio, tocando principalmente esta suerte á todos aquellos que se habían refugiado en el templo de Santa Sofía. Un antiguo vaticinio decía que los turcos penetrarían en la ciudad hasta la columna de Constantino, pero entonces serían arrojados por un ángel del Cielo, no sólo fuera de la ciudad, sino hasta los límites de Persia. Así pues, en cuanto el enemigo hubo penetrado en el recinto, el pueblo se aglomeró en Santa Sofía, quedando en poco tiempo lleno el gran templo, con todos sus pórticos, corredores y galerías, de una densa masa humana que, cerradas las puertas, esperaba hallar la salud corporal en aquella misma iglesia, donde desde la fiesta de la unión, habían evitado buscar la salud espiritual. «Si en aquel instante—dice el historiador griego Ducas—hubiera bajado realmente del cielo un ángel y les hubiese dicho: ¿Aceptáis finalmente la unidad eclesiástica?; á pesar de su apuro, se hubieran entregado de mejor gana á los turcos que á la Iglesia romana» (1).

(1) En un poema griego sobre la conquista de Constantinopla, que fué compuesto poco después de la toma de la ciudad, se admite que los mismos griegos tuvieron la culpa de la catástrofe por su incorregible discordia, mezquina avaricia y vanas esperanzas, Krumbacher 839.

(2) Precisamente, este mismo día, el embajador florentino en Génova comunicaba malas nuevas sobre Constantinopla. cf. Makuscev 545.

(3) En el sitio donde el emperador sucumbió, hay ahora una aguardentería armenia. Su sepulcro—enteramente descuidado— se halla en un rincón del antiguo Estambul junto á Wefa Meidan. V. el artículo «Am Grabe des letzten Paläologen» en la Köln. Volkszeitung 1891 n. 314, I.

(4) V. la carta de un familiar del cardenal en Jorga 519.

Entretanto los infieles se habían hecho señores de la ciudad, y habían ya pasado á cuchillo algunos millares de griegos (2). No obstante, les detuvo para que no continuaran la carnicería el pensamiento de que les era más provechoso vender por esclavos á los prisioneros (3). Cuando los vencedores llegaron á la iglesia de Santa Sofía, rompieron las puertas cerradas y arrastraron á los refugiados al cautiverio como indefensas ovejas. La hermosa iglesia fué profanada con horribles crueldades (4), y convertida luego en mezquita. Un crucifijo que tomáron del templo, y al que pusieron en la cabeza una gorra de jenízaro, fué paseado por las calles clamando: «¡Mirad aquí al Dios de los cristianos!» (5)

El Sultán no mandó á los griegos que abrazaran el islamismo; antes bien, como astuto político, procuró atraer á sus intereses á los sacerdotes griegos, poniéndose al lado de los enemigos de la unión. Así pues, hizo que fuera elegido patriarca un celoso ortodoxo y violento enemigo de los latinos, el ya mencionado Gennadio. A 1.° de Junio se celebró solemnemente la instalación del mismo, y la procesión recorrió las calles todavía manchadas de sangre. El propio Sultán dió la investidura al antiguo enemigo de la unión con arreglo á la forma acostumbrada por los

(1) Hammer I, 549.

(2) Barbaro 57. Cf. d'Escouchy II, 55.

(3) Hefele, Wiedervereinigung 223. «La avidez natural á la raza turca y la codicia de esclavos y de botín, dice Mordtmann (92), obraron más poderosamente que cualquier otra prohibición, y desde este momento sólo pensaron los turcos en hacer cuantos prisioneros pudiesen.»

(4) Además de Hammer I, 550 y d'Escouchy II, 55-56, cf. también la *relación de Henricus de Zomeren ó Zoemeren († 1472; v. Fabricius III, 217; Feret IV, 144), Qualiter urbs Constantinopolitana A° LIII a Turcis depopulata fuit et subiugata (dat. Raptim ex urbe Romana 11. Sept.). Cod. Z. 359 f. 1-3b de la *Biblioteca real de la Haya*. V. también la relación publicada por Jorga 517.

(5) Sanudo 1150. Según una nota del Diario de Barbaro, el número de prisioneros subió á 60,000, el botín se evaluó en 300,000 ducados, y aún mucho tiempo después, de un hombre muy rico, decían los turcos como proverbio, que se había hallado en el saqueo de Constantinopla. Mordtmann 95-96. En las numerosas leyendas populares, que van unidas con Aja Sophia (v. Köln. Volkszeitung 1901 n. 23, III), se mantiene el recuerdo de la antigua magnificencia de la misma, y se expresan las ansias porque llegue el día, en que de nuevo brille la cruz sobre su cúpula.

antiguos Emperadores bizantinos, entregándole una vara dorada (1). Con esto quedó borrada la última huella de la unidad restablecida en Florencia en todo el extenso Imperio de los turcos, y se conservó sólo por algún tiempo en Lituania y Polonia, así como en las islas del Mediterráneo que siguieron bajo el dominio de los latinos; y finalmente, también en algunas comunidades griegas de Italia, Hungría y Eslavonia (2). El Sultán veló desde entonces celosamente por conservar todos aquellos derechos que habían ejercido antes los Emperadores, especialmente la confirmación é investidura de los Patriarcas; y muy pronto se hizo usual que el Patriarca, para obtener su nombramiento, pagara una crecida suma de dinero, comprando de este modo su alta dignidad al Señor de los infieles. Luego tuvo que pagar asimismo tributo á otros de los grandes del Imperio; y para alcanzar algo de la Puerta no había generalmente más que un medio: el dinero, cuyo aliciente no siempre defendía, por lo demás, de humillaciones y otros despojos ó malos tratamientos. El proceder arbitrario de los turcos y la corrupción de los bizantinos, pusieron entonces al Patriarcado griego en el estado más afrentoso y corrompido á que haya bajado jamás una Iglesia antiguamente venerable (3).

La noticia del gran triunfo de los turcos sobre los «perros cristianos» fué llevada en alas de la fama á todas las regiones de Oriente. El sultán Mohammed tenía entonces de su parte el prestigio del éxito, el cual ha pesado siempre en Oriente todavía más que en Occidente. Los reinos cristianos y colonias orientales sintieron desde luego los efectos del golpe que había herido en el Bósforo á la causa cristiana; y en el terror de los primeros momentos, toda la población de aquellos países no pensó en otra cosa que en apelar á una fuga precipitada. Todo el que podía corría apresuradamente á la ribera del mar para embarcarse y

(1) Pichler I, 423. Frommann 232 s. Después del patriarca Partenio III, que fué ahorcado por orden del prefecto de la ciudad (1657), el soberano de los infieles consideró como indigno de su autoridad, dar por sí mismo la investidura al patriarca, y desde entonces hacía esto por medio del gran visir. Pitzipios, L'Eglise orientale (Rome 1855) III, 83.

(2) Hefele, Wiedervereinigung 228-229.

(3) Döllinger Kirche und Kirchen 158-161. Pichler I, 423 ss. Ersch-Gruber, Sektion 1, LXXXIV, 193. Ehrhard, Orient. Kirchenfrage 21 s. Sobre la continuación de la polémica contra los latinos v. Ehrhard en Krumbacher 120 s.

dirigirse al Occidente en cuanto se anunciara la aparición de una vela otomana (1). Lenta pero ciertamente iba á quedar cerrada, y á caer en una completa barbarie, la hermosa comarca oriental del Mediterráneo. El infatigable espíritu conquistador de los turcos no daba lugar al pensamiento de que las cosas pudieran continuar mucho tiempo de la misma manera, por más que, por de pronto, el Sultán se hubiera retirado con su ejército á Adrianópolis, y hubiera enviado su flota á los puertos de la costa asiática.

Muy pronto se mostró en realidad, que la Sublime Puerta, no contenta con sus conquistas en el continente, se esforzaba por alcanzar también el dominio de los mares en el Archipiélago y en el Ponto. Por orden del perspicaz Sultán se comenzó á construir una poderosa armada de guerra, para lo cual ofrecía lugar muy oportuno Constantinopla además de Galípoli. Los cristianos del Archipiélago y del Ponto se llenaron de temor al recibir esta noticia, y sólo con el pago de tributos pudieron por entonces alcanzar todavía la gracia del terrible conquistador (2). En realidad utilizó el Sultán sus apuros para empezar por exprimir el oro de las colonias occidentales. Luego que hubo regresado á su residencia de Adrianópolis, dictó á los enviados que habían acudido á felicitarle los tributos que habían de pagar: Chio, 6,000 ducados en lugar de los 4,000 que pagaba, y Lesbos, 3,000 (3). Los cobardes déspotas bizantinos del Peloponeso, Tomás y Demetrio, que ya habían estado preparados para huir á Italia, ofrecieron al Sultán mil piezas de oro, y recibieron á cambio de eso una vana promesa de paz y amistad. También el emperador de Trebisonda recibió órdenes de la Puerta, según las cuales debía, además de pagar un tributo anual de 2,000 piezas de oro, obligarse á comparecer todos los años, en tiempo determinado, en la corte del Sultán. El déspota de Serbia, finalmente, tuvo que comprar la paz con la Puerta con un tributo anual de 12,000 ducados (4).

(1) Zinkeisen II, 16-17. Cf. la carta de Fr. Giustiniani de Chio, fechada el 27 de Septiembre de 1453, en Vigna I, 19-21, y la carta de L. Quirini á Nicolás V, de 15 de Julio de 1453, en Agostini I, 220.

(2) Heyd II, 318. Atti della Soc. lig. VI, 20 s.

(3) Heyd II, 313.

(4) Zinkeisen II, 17-18. El rey de Bosnia envió también al punto sus embajadores al sultán victorioso, para prestarle homenaje, y encomendarse á su

Todavía fué mayor el espanto que sobrecogió al Occidente propiamente dicho, á la noticia de que «el centro de gravedad del mundo antiguo, y la ciudadela avanzada de la cultura europea contra la barbarie asiática» (1), había caído en manos de los infieles. Se sentía claramente que había llegado un *instante crítico en la historia del mundo*. El Imperio romano de Oriente había, principalmente en el primer período de la Edad Media, ejercido un influjo extraordinariamente importante como sostén y dispensador de la formación y civilización cristianas, no sólo en el mundo griego, sino también en numerosas razas eslavas. Aun cuando, por efecto del lamentable cisma, se produjo una separación de la poderosa vida espiritual y cultural que latía con fuerza en el Occidente latino, y con esto una gradual inmovilidad, el Imperio bizantino siguió siendo con todo un factor importante en el mundo cristiano, y su ruina produjo una mudanza súbita, de profundas consecuencias é influjo duradero en toda la situación política de Europa. En los límites de ambas partes de la tierra, donde habían tenido hasta entonces su trono los sucesores de Constantino el Grande, como señores de la Cristiandad oriental; había establecido ahora su asiento el enemigo hereditario de la fe cristiana y de la cristiana cultura, semejante á una terrible nube de tormenta, que en cualquier tiempo podía descargarse sobre el Occidente, esparciendo en él las ruinas. Este continuo peligro debía tener necesariamente los ánimos en una inquietud incesante, debilitando la libertad de acción de los pueblos y forzándolos á una perpetua división de sus fuerzas, que ejerció muy pernicioso influjo en el desenvolvimiento de su vida interior; y por cuanto este riesgo estorbó ante todo el pacífico remedio de los daños sociales y religiosos, influyó de una manera esencial en las grandes revoluciones del siglo XVI, así como en la disolución política y quebrantamiento del santo Imperio romano (2).

favor. Klaic 398. Sobre el aumento del tributo de Ragusa impuesto por el Sultán, v. L. de Vojnovic 46.

(1) Mordtmann (2) advierte muy oportunamente, que la resonancia inmensa de este acontecimiento es una prueba de que Constantinopla valía más que naciones y provincias enteras.

(2) V. Höfler, Lehrbuch der allgem. Gesch. III, 1, v. Cf. además Sitzungsberichte der Wiener Akad., phil-histor. Kl. LXV, 588. Kraus, en la 2.ª edición de su «Kirchengeschichte» sostiene igualmente con razón, que el año 1453 se-

La primera noticia de la toma de Constantinopla y del sangriento fin del más valeroso de los Paleólogos, la recibió antes que las otras Potencias occidentales la República de Venecia. La nueva llegó allá á 29 de Junio, precisamente cuando se hallaba reunido el Gran Consejo; el secretario del Consejo de los Diez, Luis Bevazan, leyó las cartas del castellano de Modón y del bailío de Negroponto, que anunciaban el aterrador mensaje. El espanto y el dolor que se apoderaron de todos fueron tan grandes, que nadie tuvo ánimo ni siquiera para pedir traslado del infausto escrito (1).

Luego desde Venecia se esparció la terrible noticia en todas direcciones; la misma Señoría la comunicó al Papa á 30 de Junio, añadiendo, creía que Su Santidad habría recibido ya por otra vía la nueva de tan espantosa desgracia (2).

A 8 de Julio se conoció en Roma la catástrofe (3). El famoso

ñala el límite entre la edad media y los tiempos modernos (Cf. pág. III y 529) Asimismo R. Lodge, Hist. of. modern Europe (London 1886); V. Casagrandi, Lo spirito di storia d'Occidente (Genova 1886), y Lilly 5.

(1) Cf. Zorzi Dolfin, Chronik (Sitzungsber. der Münch. Akad. 1868 II, 36 s.) y la carta interesante de Battista de' Franchi y Piero Stella al dux de Génova, Pietro de Campofregoso, dada en Venecia á 29 de Junio de 1453, de la cual existen copias contemporáneas en el *Archivo público de Florencia*. (Cl. X, dist. 2, n. 22). V. el texto de la misma en Makuscev 545-546. Sobre la consternación de los venecianos v. también el * Despacho de Antonio de Trezzo á Fr. Sforza, fechado en Reggio á 4 de Julio de 1453. Fonds. ital. 1586 f. 217 de la *Biblioteca nacional de París*.

(2) * Venecia á Nicolás V, die ultimo Iunii: «Quamquam existimemus, beatissime pater, tam litteris R^di^ patris domini archiepiscopi Ragusien., legati apostolici hic existentis, quam aliter, S^tem^ vestram ante has forsitan intelligere potuisse horrendum et infelicissimum casum urbium Constantinop. et Pere» etc. Senatus Secreta XIX, 202. *Archivo público de Venecia*. Cf. también ahora Rev. de l'Orient lat. VIII, 100 s. Yo hallé una copia no del todo exacta de esta carta en la *Biblioteca nacional de Florencia*. Cod. Magliabech. VIII—1282 f. 40^b^.

(3) Infessura 1136. (En la copia latina del *Diarium*, que se halla en el * Cod. XXXV-37 f. 181 de la *Bibliot. Barberini de Roma*, se indica falsamente el 18 de Julio; el Cod. Vatic. da la verdadera fecha: 8 de Julio. Las fechas de Infessura son, por lo general, no muy ciertas; con todo, podría él aquí decir la verdad. Sabemos por la Cronica di Bologna (701), que la noticia llegó á Bolonia el 4 de Julio. Ahora bien, se saca de * Ghirardacci, Storia di Bologna III (Cod. 768 de la *Bibliot. de la Universidad de Bolonia*), que el correo empleaba entonces cuatro días para ir de Bolonia á Roma. Por tanto, no pudo la noticia llegar á Roma antes del 8 de Julio. Concuerda muy bien con esto el siguiente *billete del cardenal Scarampo á Honorato Gaetani: «Magn. domine, compater noster car^me^ post salutem. Mandamo el vilano nostro famiglio alla M. V. con la presente al quale havimo comesso vi dicha alchune cose da parte